



# Puente Democrático

**Lucha contra el Antisemitismo y Fomento a la Tolerancia Religiosa en Argentina**

15 de mayo de 2014

## El antisemitismo soviético

Desde la perspectiva clasista del marxismo, el antisemitismo soviético se diferenciará del nazismo porque se opone al “nacionalismo burgués” del sionismo y de los intentos de autonomía, a los que durante la guerra fría identificará con acusaciones de “imperialismo” de Estados Unidos y Gran Bretaña. Al terminar la segunda guerra mundial, el régimen soviético retomará su política contra el “nacionalismo judío”. Ya en los años treinta, el Ministerio de Seguridad Interior (MGB) había advertido sobre la predominancia de judíos en las artes y ciencias. Hubo informes en 1938 presentados al Politburó sobre la gran cantidad de judíos y armenios que había en el Teatro Bolshoi, las orquestas sinfónicas y las academias de ciencias, acusando a los primeros de formar círculos de favoritismo. Si bien el antisemitismo como tal estaba prohibido en la URSS, hubo persecución, encarcelamiento y ejecuciones de judíos acusados de complotar con el sionismo, el trotskismo y las democracias de Occidente. El eufemismo utilizado fue el de “cosmopolitas apátridas”.

*Por Ricardo López Göttig*



Esta publicación forma parte del proyecto “Lucha contra el Antisemitismo y Fomento a la Tolerancia Religiosa en Sur América” de la Fundación Panamericana para el Desarrollo (PADF) que CADAL implementa en Argentina. El objetivo del proyecto es permitir a un grupo específico de actores de la sociedad civil preocupadas por la tolerancia religiosa llevar a cabo una mejor lucha contra el antisemitismo, proporcionando así un entorno más favorable a las libertades fundamentales y el respeto de los derechos humanos.

Uno de los estereotipos más difundidos por el antisemitismo en Occidente es la identificación de los judíos con la revolución bolchevique, como si hubiesen sido los mentores y organizadores del régimen socialista soviético. Para quienes creían en las teorías de la conspiración judía mundial, la revolución bolchevique era una señal de que el judaísmo había tomado el poder en el antiguo Imperio de Rusia como un paso más hacia la dominación planetaria. Las figuras de Trotski, Kamenev y Zinoviev entre los miembros del consejo de comisarios del pueblo que se impuso en 1917, parecía ratificar esa creencia ante los ojos de quienes sospechaban esa maniobra conspirativa. A esto se le sumaba que Karl Marx era de ascendencia judía, aun cuando su padre se había convertido al cristianismo. La aproximación a la historia rusa y soviética de los siglos XIX y XX nos ayudará a despejar esa relación que parece tan evidente, y nos exhibirá una pintura de muy variados colores, como una obra de Kandinski.

El Imperio de Rusia, que era mucho más extenso de lo que es hoy la Federación de Rusia, tenía una gran diversidad de nacionalidades y religiones en su interior. Al igual que en varios censos de Europa central y oriental, los judíos eran considerados una nacionalidad que tenía como elementos distintivos su propia religión y la cultura y lengua yiddish. La población judía estaba restringida a vivir en la “zona de residencia”, en la parte más occidental del Imperio, así como se le imponía un *numerus clausus* para sus estudios universitarios. Por la muerte del zar Alejandro II, se desataron persecuciones contra los judíos, los *pogroms*, generando una ola migratoria que mayormente se dirigía hacia los Estados Unidos. El zar Alejandro III clausurará la transición al constitucionalismo que había iniciado su antecesor, con lo que la intelectualidad rusa se radicalizará aún más, que hará suyas las diferentes variantes del socialismo y el anarquismo. En esta atmósfera de represión y ausencia de vida política, jóvenes judíos se integraron a estas corrientes, apartándose de las creencias y tradiciones de su comunidad. Lev Trotski (Lev Davidovich Bronstein), por ejemplo, primero se integró al grupo narodnik, y más tarde se hizo marxista y miembro del Partido Socialdemócrata Obrero Ruso. Cuando este se partió en dos fracciones, bolcheviques y mencheviques, Trotski jugó como figura independiente, y se sumó a la primera recién durante la revolución de 1917, tras su exilio en los Estados Unidos. La mayoría de los socialistas judíos integraba el *Bund*, una formación política que aspiraba a la autonomía cultural de la comunidad en Rusia. Cuando a partir de 1905 el zar Nicolás II concedió la creación del parlamento, la Duma, la mayor parte de la población judía votaba al partido Constitucional Demócrata, de carácter liberal, que proponía una monarquía

parlamentaria al estilo occidental. No obstante su carácter minoritario, los judíos se distinguieron en los partidos políticos emergentes por su sólida formación intelectual, tal como estaba ocurriendo en las artes y las profesiones liberales.

Para Karl Marx y Friedrich Engels, los creadores del marxismo o “socialismo científico”, el nacionalismo, como la moral, la religión, el liberalismo y el parlamentarismo eran parte de la “superestructura”. Ese mundo de las ideas y creencias no era más que un reflejo del modo de producción de la sociedad. Para los teóricos del marxismo, el modo de producción capitalista creaba esa superestructura para justificarse y mantener subordinado al proletariado. De acuerdo a esta visión, cuando se pasara a la etapa siguiente del modo de producción socialista, esas ilusiones creadas por el modo de producción capitalista se desvanecerían. Es por ello que los marxistas bolcheviques, liderados por Vladimir Lenin, miraban con recelo la existencia del *Bund*, ya que a su demanda de autonomía cultural judía la consideraban de carácter burgués, al igual que el sionismo. Para Marx y Engels, carecía de sentido y era contraria al desarrollo histórico la conservación de las identidades nacionales de pequeñas minorías. Despreciaban las exigencias de los checos de tener autonomía, por ejemplo, porque entendían que debían ser completamente asimilados dentro de la cultura germana. Asimismo, escribieron a favor de la expansión de los Estados Unidos hacia el Oeste, incorporando en un mercado más extenso a las poblaciones mexicanas y aborígenes; y lo mismo opinaron sobre el colonialismo francés en África septentrional. Esta visión la incorporó Lenin, pensando en la rusificación de los pueblos que integraban el Imperio de Rusia, aunque aceptaba en una etapa inicial las demandas nacionalistas para mantenerlas dentro de una Unión. Siendo la historia de la humanidad la historia de la lucha de clases, no tenían cabida los anhelos de crear Estados nacionales en un mundo socialista en el que todos serían proletarios sin fronteras. Es por ello que desde la perspectiva clasista del marxismo, el antisemitismo soviético se diferenciará del nazismo porque se opone al “nacionalismo burgués” del sionismo y de los intentos de autonomía, a los que durante la guerra fría identificará con acusaciones de “imperialismo” de Estados Unidos y Gran Bretaña.

### La revolución de 1917

La revolución en Rusia comenzó en febrero de 1917, tras las protestas en Petrogrado por la carestía durante la primera guerra mundial. En estas circunstancias se creó un gobierno provisional, formado mayormente por miembros del Partido Constitucional Demócrata. El zar Nicolás II abdicó en su nombre y en el de su hijo, el

zarevich Aleksei, y la nueva forma de gobierno habría de ser decidida por una asamblea constituyente. El gobierno provisional se comprometió con sus aliados occidentales en continuar la guerra, a pesar de su impopularidad en Rusia. Fue Vladimir Lenin quien hizo oír su voz contraria tras su retorno del exilio en Suiza, con la ayuda material del Imperio Alemán. Y es que Lenin apostó a la derrota rusa desde el inicio de la conflagración mundial, llamando a boicotear el esfuerzo bélico en su país, diferenciándose de los otros partidos socialistas en Europa. Los alemanes no sólo ayudaron a su regreso por tren a través de Alemania, Suecia y Finlandia, sino también financiaron los periódicos del minúsculo Partido Bolchevique, que llamaba a la paz, la toma de tierras y la desertión de los soldados que combatían en las trincheras. Siendo un partido altamente disciplinado y centralizado, formado por revolucionarios profesionales, logró penetrar en los soviets de campesinos, obreros y soldados que se habían formado y que funcionaban como gobiernos paralelos. En esos agitados días, Trotski se sumó a los bolcheviques. En noviembre de 1917 (octubre en el calendario juliano), los bolcheviques tomaron el poder en Moscú y Petrogrado. Junto a Lenin, fue Trotski la figura más notoria por haber sido primero el comisario del pueblo para los asuntos exteriores y, después, el organizador del Ejército Rojo. También se destacaron Kamenev y Zinoviev, de origen judío, como miembros del consejo de comisarios del pueblo (Sovnarkom), en tanto que Stalin, georgiano, ocupó el comisariado para las nacionalidades. Los bolcheviques prohibieron al resto de los partidos y clausuraron los diarios independientes y de otras corrientes políticas. Fue Trotski quien negoció en 1918 un acuerdo con los alemanes, en la ciudad de Brest-Litovsk, por la cual se cedió a los teutones la posesión de Ucrania, parte del Sur de Rusia y el Cáucaso, vitales para que el Kaiser Guillermo II pudiera prolongar la guerra por dos años más, ya que en esos territorios había alimentos y petróleo. Los países occidentales intentaron abrir el frente de guerra oriental, ya sea ocupando partes del antiguo Imperio Ruso o bien enviando dinero a los ejércitos “blancos” que se estaban formando para oponerse al régimen bolchevique. Como se podrá observar, es una falacia la aseveración de que los gobiernos democráticos de Occidente ayudaron a la revolución bolchevique, régimen al que reconocieron a partir de mediados de los años veinte. Pero en la guerra civil que se desató en el antiguo Imperio de Rusia se utilizó la caricatura de asimilar al judío con el bolchevique, aun cuando hubo judíos liberales, mencheviques, socialistas revolucionarios y sin postura política que emigraron a otros países. Ya con la caída del régimen autocrático zarista, los judíos

se vieron liberados con el gobierno provisional de las antiguas restricciones para su desarrollo profesional y desplazarse dentro del territorio. Con la creación de la Unión Soviética, muchos lograron hacer destacadas carreras en las ciencias, la pedagogía, las artes y el periodismo. En la agencia gubernamental VOKS, que mantenía relaciones con el exterior, se emplearon muchos judíos por sus conocimientos de idiomas. En 1928, el comité central del Partido Comunista decidió la fundación de la región autónoma judía de Birobidzhan, en el extremo oriente de Rusia, en la frontera con Manchuria y próximo a la península coreana. El objetivo era ofrecer una alternativa socialista ante la propuesta sionista de recrear el Estado de Israel en su lugar histórico, en el Cercano Oriente. Birobidzhan fue finalmente establecido a partir de 1934 –no es casual con el ascenso al poder de los nazis en Alemania–, pero sólo logró atraer pocos miles de judíos, permaneciendo la enorme mayoría en la parte occidental de la URSS. Sin embargo, exceptuando a esta región a seis mil kilómetros de Moscú, en los años treinta se cerraron masivamente colegios, escuelas técnicas, periódicos e instituciones culturales judías en la URSS, con el propósito de asimilarlos al resto de la población.

Hasta agosto de 1939, cuando la Unión Soviética rubricó el Pacto Ribbentrop-Molotov con la Alemania nazi, Stalin alentó la formación de los frentes populares de los partidos comunistas en Europa occidental con otras formaciones de izquierda para enfrentar al fascismo. Hasta la invasión alemana a la URSS en 1941, el tono general de la prensa soviética fue neutral y respetuoso hacia el régimen nazi.

### **El Comité Judío Antifascista y el complot de los médicos**

Cuando los alemanes comenzaron su invasión a la Unión Soviética en 1941, Stalin desplegó una activa diplomacia en Occidente para ganar simpatía en la opinión pública de los países democráticos. Uno de sus instrumentos fue el Comité Judío Antifascista, creado por el gobierno soviético, en el que sus representantes fueron el actor y director de teatro Solomon Mijoels, Itzik Fefer, Perets Markish, Shakne Epshtein e Ilia Ehrenburg, entre otros. Publicaba el semanario *Einikeit*, en yiddish. Estaba dirigido a generar apoyo en las comunidades judías del exterior, especialmente a la de Estados Unidos, con el fin de recibir ayuda material para la guerra contra los invasores. Algunos de sus miembros viajaron a Occidente, hecho que pocos años más tarde se utilizará en su contra.

Para los nazis, la conquista del Este europeo era crucial para sus postulados ideológicos: el primero, que en

Polonia, los países bálticos y la URSS habitaba la mayor parte de los judíos europeos. Fue con la invasión a la URSS que los nazis comenzaron a experimentar e implementar la aniquilación sistemática de los judíos, ya sea con los fusilamientos a cargo de los *Einsatzgruppen* o bien con la utilización de camiones con gases letales. Cuando la URSS se empezó a liberar de la invasión, el Comité Judío Antifascista acarició la idea de crear una república socialista soviética judía que fuera un hogar en el seno de la URSS, en el que se preservara la cultura yiddish, y pensaron en la península de Crimea o donde había estado la República Autónoma de los Alemanes del Volga, que habían sido deportados al Asia Central. En 1944, de Crimea fueron deportados los tártaros al Asia Central, pero sus hogares y granjas fueron ocupados por rusos y ucranianos.

Al terminar la segunda guerra mundial, el régimen soviético retomará su política contra el “nacionalismo judío”. Ya en los años treinta, el Ministerio de Seguridad Interior (MGB) había advertido sobre la predominancia de judíos en las artes y ciencias. Hubo informes en 1938 presentados al Politburó sobre la gran cantidad de judíos y armenios que había en el Teatro Bolshoi, las orquestas sinfónicas y las academias de ciencias, acusando a los primeros de formar círculos de favoritismo. Si bien el antisemitismo como tal estaba prohibido en la URSS, hubo persecución, encarcelamiento y ejecuciones de judíos acusados de complotar con el sionismo, el trotskismo y las democracias de Occidente. El eufemismo utilizado fue el de “cosmopolitas apátridas”. La vida de los templos judíos, muy activa durante la guerra, volvió a reducirse a un estricto ámbito de culto, restringiendo las actividades de solidaridad de la comunidad, y el Consejo de Cultos Religiosos instruyó sobre la “lucha contra las costumbres que exciten el sentimiento nacionalista”, como la cocción de la matzá (pan ácimo), el consumo de comida kosher y ritos funerarios, entre otras.

El Comité Judío Antifascista también redujo su actividad por orden gubernamental, negándose a permitir los viajes de sus miembros para encontrarse con líderes judíos en el exterior. Por un lado, apoyó la creación del Estado de Israel, suponiendo que sería un país socialista en el Cercano Oriente, y le envió armamentos en forma directa e indirecta —a través de Checoslovaquia— durante la guerra de independencia. Pero por el otro, receló del sentimiento nacional que se despertó entre los judíos soviéticos.

En enero de 1948, Mijoels fue asesinado por el MGB, simulándose un accidente en una calle poco transitada de Minsk. En noviembre de ese año se disolvió el Comité Judío Antifascista, sus archivos fueron confiscados por el MGB y se cerró el periódico *Einikeit* y la editorial *Der Emes*, con el pretexto de que había pocos lectores

de literatura yiddish. Pocos días después comenzaron a ser arrestados sus miembros, acusados de “tendencias nacionalistas”. Como era costumbre, se extrajeron “confesiones” tras varias jornadas de interrogatorios y torturas. Itzik Fefer y el actor Benjamin Zuskin fueron arrestados en diciembre de 1948, seguidos por otros antiguos miembros del Comité en enero de 1949. Fueron enjuiciados en 1952, acusados de ser espías del sionismo y los Estados Unidos; la paradoja es que el ministro de seguridad interior que los arrestó, Viktor Abakumov, también estaba tras las rejas por “desmoralización”, falta de modestia personal y haberse apropiado de bienes requisados en Alemania.

Zuskin fue ejecutado el 12 de agosto de 1952 por el crimen de haber excitado los sentimientos nacionales judíos a través de su actuación teatral. En total hubo 110 condenados en el proceso contra el Comité Judío Antifascista: diez fueron fusilados, veinte sentenciados a 25 años en los campos de “reforma”, y el resto con penas de menor duración.

Viacheslav Molotov, quien fuera ministro de Relaciones Exteriores soviético durante la guerra, fue obligado a divorciarse de su esposa Polina Zhemchushina, acusada de traición y enviada a un campo de rehabilitación por cinco años. Y a pesar de esto, ambos defendieron a Stalin hasta el último de sus días.

En 1949 se cerraron instituciones como el museo de tradiciones e historia de Birobidzhan, el museo judío de Vilnius, el museo histórico y etnográfico judío de Tbilisi, y se terminaron las transmisiones en yiddish de Radio Moscú Internacional. En una sociedad en la que todo era estatal y aduciendo razones presupuestarias, se cerraron los teatros judíos. Hubo expulsiones de “cosmopolitas apátridas” de las cátedras universitarias, academias de ciencias, teatros, conservatorios y orquestas sinfónicas. En Birobidzhan, el primer secretario del Partido Comunista local, Aleksandr Bajmutski, fue acusado de traición y nacionalismo burgués; en 1952 se lo condenó a muerte, pero luego la pena fue conmutada a veinticinco años de prisión. Salió en libertad en 1956, en el proceso de desestalinización inaugurado por Nikita Jruschov.

En la atmósfera de paranoia de Stalin en sus últimos años de vida, se acusó a comienzos de 1953 a varios médicos judíos de ser agentes de espionaje Estados Unidos, Gran Bretaña y el sionismo, complotando contra la vida de los miembros del Politburó con el objetivo final de asesinar a Stalin. Entre ellos estaba el profesor Vinogradov, quien había sugerido a Stalin que se retirase de la vida pública por motivos de salud. Este proceso se detuvo cuando Stalin murió en marzo de 1953 por una hemorragia cerebral, circunstancia en la que los miembros del Politburó deliberadamente dejaron que agonizara sin asistencia médica.

### Los “cosmopolitas” en la era post-stalinista

Tanto en los años de Nikita Jruschov como de Leonid Brezhnev, la comunidad judía fue siendo asimilada forzosamente y los restos de la cultura yiddish fueron desapareciendo. La postura soviética de ayudar militarmente a los países árabes en sus guerras contra el Estado de Israel, hizo que los judíos fueran observados con sospecha dentro del país. Muchos deseaban emigrar hacia Israel, pero permitir ese libre movimiento de las personas suponía un duro golpe contra el prestigio del principal país socialista en términos de propaganda ideológica. Aquellos que deseaban irse, debían pagar un tributo de salida a la URSS por la educación que habían recibido. Asimismo, se impedía la emigración de aquellos que estaban especialmente calificados, como los físicos, ingenieros nucleares y químicos, vinculados a la carrera armamentista.

Como instrumento de presión, el senador Henry Jackson y el representante Charles Vanik lograron introducir la enmienda Jackson-Vanik en los tratados comerciales de Estados Unidos con países que no respetaban el libre movimiento de sus ciudadanos, por la cual se restringía el intercambio económico con esas naciones. Por medio de negociaciones extraoficiales, se logró que las autoridades soviéticas ampliaran sus cuotas de emigración hacia Israel y Occidente. Es así que entre 1948 y 1968, sólo se permitió la emigración de 8300 judíos, en tanto que entre 1969 a 1972 pasó a ser de casi treinta mil emigrantes por año.

Habría de ser con la implosión y desaparición de la Unión Soviética que finalmente miles de judíos pudieron emigrar sin trabas al Estado de Israel, pero ya sin rastros de la valiosa cultura yiddish que cultivaron sus antepasados.

### BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Gennadi Kostyrchenko, *Out of the Red Shadows: Anti-Semitism in Stalin's Russia*. Amherst, Prometheus, 1995.
- A. James Gregor, *Marxism, Fascism, and Totalitarianism: Chapters in the Intellectual History of Radicalism*. Stanford, Stanford University Press, 2009.
- Robert Service, *Stalin. Una biografía*. Madrid, Siglo XXI, 2006.
- Robert Service, *Trotsky. Una biografía*. Barcelona, Ediciones B, 2010.
- Václav Veber, *Stalin. Stručný životopis*. Praga, Karolinum, 1996.
- Jean Meyer, *Rusia y sus imperios, 1894-1991*. México, FCE, 1999.
- Walter Laqueur, *Stalin*. Barcelona, Vergara, 2003.
- Vladislav Zubok, *Un imperio fallido*. Barcelona, Crítica, 2008.
- Anatoly Dobrynin, *En confianza*. México, FCE, 1998.